

La relevancia de Lise Vogel en el presente momento histórico*

PABLO CALDERA, ISABEL GAMERO Y CAROLINA FERNÁNDEZ CORDERO

La elección de este texto responde a una apuesta analítica y transformadora, así como a una necesidad urgente en el contexto actual: la fragmentación y las luchas internas que atraviesan tanto a la izquierda como a los movimientos feministas, en medio de un escenario global marcado por el avance de la extrema derecha. No vamos a recurrir a eufemismos: la arena política es hoy un terreno fragmentado, polarizado y en conflicto creciente. Atrás quedaron el 15M y las olas progresistas que parecían dar voz a la pluralidad de actores sociales, con sus distintas reivindicaciones, y que soñaban con transformar el Estado para que fuera interseccional, igualitario y justo. Casi como reacción a esos sueños, las derechas —y sus variantes

* Este libro es resultado de la colaboración entre el grupo de investigación Cultura, Subjetivación Política y Nuevas Narrativas y Verso Libros, en el marco del proyecto de transferencia del conocimiento *Procesos de subjetivación política. Debates epistemológicos*. Nuestro trabajo conjunto, iniciado con la publicación de *Camarada* de Jodi Dean, continúa con este volumen. En ambos casos el objetivo ha sido abrir procesos formativos y de discusión que comiencen con la edición y publicación de libros imprescindibles para pensar la coyuntura política contemporánea y vayan más allá, para convertirse en herramientas que permitan comprender e intentar transformar la realidad.

más extremas— ganan terreno, prestigio, votantes y legitimidad. Lo vemos en la reelección de Trump en Estados Unidos, en un Parlamento Europeo con tres grupos de derecha, o en gobiernos como el de Orbán en Hungría y Meloni en Italia.

Hoy, la política es un lugar hostil —a veces invivable— para quien no sea el sujeto hegemónico y privilegiado: hombre cis, blanco, rico y occidental. Y mientras tanto, la izquierda y los feminismos se fragmentan, se enfrentan entre sí y pierden fuerza en un contexto adverso, con el riesgo real de una ruptura que deje el camino libre a los movimientos reaccionarios. En este marco, las reflexiones que Lise Vogel (Nueva York, 1938) formuló en los años setenta y ochenta siguen siendo un apoyo teórico sólido. Comprometida con un feminismo marxista —o un marxismo feminista—, desmanteló prejuicios y jerga que el socialismo más determinista había impuesto al feminismo, y de los que muchas feministas de la época quisieron desmarcarse. Su mirada crítica sobre las crisis y fragmentaciones, y su empeño en articular y unificar luchas, son herramientas valiosas para pensar el presente.

Vogel vivió un momento similar al nuestro: el auge de la nueva izquierda estadounidense y del feminismo radical, seguido de su fragmentación y derrota. La coyuntura de los años ochenta trajo retrocesos en derechos y libertades bajo Reagan y Bush padre en Estados Unidos, y Thatcher en Reino Unido, con políticas que exaltaban el individualismo y profundizaban las desigualdades en nombre del mérito y el esfuerzo personal. Parece que la historia insiste en repetirse: cada avance social enfrenta el riesgo de la fractura interna y el contraataque de una derecha empeñada en desmantelar lo conquistado. Por eso, en 2026, la obra de Lise Vogel no solo sigue siendo relevante: es necesaria.

Vogel, historiadora del arte feminista, marxista y desencantada

Lise Vogel, historiadora del arte feminista y marxista, participó en numerosos movimientos de liberación de su época: de mujeres, anti-militaristas y por los derechos civiles de la población afroamericana. Por tanto, la primera pregunta para presentar su obra es inevitable: ¿qué hace que una historiadora del arte se convierta en referente tanto para los marxismos como para los feminismos radicales de Estados Unidos en los años setenta?

Como explica en la introducción a este volumen, sus intereses académicos iniciales la llevaron a estudiar Historia del Arte, disciplina a la que incorporó pronto sus reflexiones sobre feminismo e igualdad. Sus primeros textos datan de comienzos de los setenta, etapa germinal para el análisis feminista de la historia del arte: en 1971 Linda Nochlin publica el ensayo pionero *Why Are There No Great Women Artists?*¹ y, en 1979, Judy Chicago presenta por primera vez *The Dinner Party*, obra emblemática de una producción teórica y artística que vincula arte, feminismo y emancipación hasta el presente.

Precisamente a inicios de los años ochenta, Vogel abandona el campo de la estética y la teoría artística. Las razones no son del todo claras. En sus escritos denuncia el aislamiento del mundo del arte respecto a la sociedad, aunque reconoce que algo comienza a cambiar. Sus textos de Historia del Arte comparten la estructura de gran parte de los artículos aquí reunidos: una exégesis crítica de una obra reciente. Así, en *Bellas artes y feminismo: el despertar de la conciencia* (1974, capítulo 3 del presente volumen), revisa el libro colectivo *Woman as Sex Object: Studies in Erotic Art, 1730-1970*², destacando a Linda Nochlin como la única que reivindica

1. Nochlin, L., (1971), «Why Are There No Great Women Artists?», en V. Gornick, y B. Moran, eds., *Woman in Sexist Society: Studies in Power and Powerlessness*, Basic Books, Nueva York, pp. 344-366.
2. Nochlin, L., y Hess, T., (eds.) (1973), *Woman as Sex Object Studies in Erotic Art, 1730-1970*, Allen Lane, Nueva York.

un feminismo autoconsciente. Vogel cuestiona que el volumen no incluya una evaluación crítica del sistema arte y que se concentre en exceso en la asociación entre iconografía, erotismo y sensibilidad femenina; mecanismos convencionales de la historiografía que no transforman el marco.

En su crítica, Vogel señala que la Historia del Arte feminista de la segunda ola del feminismo ignoraba el análisis de la reproducción social –su principal interés– y se limitaba a proponer una mirada femenina basada exclusivamente en la diferencia sexual. Considera que esta hipertrofia del «punto de vista femenino» y la denuncia de la ausencia de mujeres en el arte –como la de las Guerrilla Girls– resultan inoperantes e incluso «reaccionarias», pues reproducen un interés «sobreenfático en las mujeres que oscurece y denigra otras cuestiones, como la raza o la clase»³. Para ella, el arte feminista debía articular la crítica de género con una sólida perspectiva histórica, una conciencia de clase (más difícil de detectar en el análisis artístico que las desigualdades de género) y un análisis de las desigualdades raciales. Solo así podría ir más allá de la contestación simbólica. Implicaba, además, deselitizar el arte y situarlo en el conjunto de una sociedad desigual e injusta.

Quizá el cansancio ante la cerrazón masculina del aparato artístico contribuyó a que Vogel se alejara del campo. Aunque nunca lo abandonó del todo, su interés nunca estuvo en el contenido icónico de las obras, como en Svetlana Alpers o Griselda Pollock, sino en la emancipación de las mujeres de la mirada patriarcal objetualizante. Su experiencia activista la llevó a concentrarse en una intervención política más radical, consciente de los distintos ejes de dominación.

Este primer acercamiento a su trayectoria revela su concepción de la creación (artística y teórica): en lugar de elaborar planteamientos estéticos abstractos o reivindicaciones particularistas, conectaba su biografía con el contexto social de cada obra. En este libro, tal y como afirma la propia autora, puede leerse ese «encuentro de la biografía con la historia» tal como lo vivió la autora.

3. Vogel, L., (1974), «Fine Arts and Feminism: The Awakening Consciousness», *Feminist Studies*, 2(1), p. 26. (capítulo 3 de este volumen).

Su conciencia social se despertó temprano, tanto por provenir de una familia obrera de izquierdas como, sobre todo, en sus primeros años universitarios, cuando fue voluntaria en el *Student Nonviolent Coordinating Committee* (SNCC). Este movimiento estudiantil por los derechos civiles organizaba en los veranos de los sesenta campañas en el sur de Estados Unidos para formar a la población más desfavorecida –mayoritariamente afroamericana– en las Escuelas de la Libertad, y para facilitar su empadronamiento y registro electoral en la campaña del Voto por la Libertad. Según Vogel, esos veranos marcaron su «desarrollo más poderosamente que ninguna otra experiencia» y le enseñaron que no basta con luchar contra una sola forma de opresión: clase, raza y género se entrelazan siempre.

Mantuvo esta intuición en los comienzos de su militancia, a finales de los sesenta, en grupos socialistas-feministas del movimiento de liberación de las mujeres, especialmente con las feministas radicales de Boston. Lo valoró como «una forma de unir muchas de las piezas» de su vida: mujer blanca de origen obrero, académica en Historia del Arte, implicada en luchas políticas y antirracistas. Esta militancia persistió incluso tras el declive del movimiento en los años ochenta. Entonces, Vogel prosiguió su carrera académica y continuó participando en grupos socialistas «con la esperanza de mantener [sus] compromisos políticos en el contexto de los estudios sobre la mujer».

En este libro puede seguirse ese ciclo de entusiasmo y desilusión con los feminismos y con los marxismos, así como sus esfuerzos por no abandonar nunca la lucha contra las injusticias de clase, género y raza.

Más allá de las reivindicaciones particularistas: la teoría de la reproducción social

La principal aportación de Lise Vogel a la articulación de luchas por la igualdad es su teoría de la reproducción social, formulada con claridad en su obra más conocida: *El marxismo y la opresión de las mujeres: hacia una teoría unitaria* ([1983] 2024). Esta propuesta revisa el concepto de trabajo del marxismo clásico u ortodoxo: el trabajo no se limita a lo productivo, medible en términos economicistas —es decir, generador de capital en la fábrica o la empresa—, sino que incluye una dimensión reproductiva, valorada en términos sociales, como los cuidados necesarios para sostener la vida.

Ampliar así el concepto de trabajo permite, en las palabras de Vogel, diagnosticar el «carácter específico de la opresión de las mujeres en las sociedades capitalistas», una desigualdad estructural que no puede explicarse solo en términos de clase ni exclusivamente en clave de género, sino que exige un análisis más profundo e integrador. En este marco, las mujeres ocupan una «posición dual [...] en relación al trabajo doméstico y a la igualdad de derechos».

En la primera dimensión, prácticamente todas las mujeres —sobre todo las de clase trabajadora— asumen una «responsabilidad desproporcionada en el componente doméstico del trabajo necesario»: es decir, soportan la mayor parte de las tareas de cuidados y de mantenimiento de la vida. En la segunda, en el ámbito público y laboral, no son tratadas como iguales: sufren discriminación legal y social, soportan más carga de trabajo y reciben menor salario que los hombres. Todo esto, señala Vogel, «opera en beneficio del capital».

Su propuesta para romper esta dinámica pasa por comprender «el lugar de las mujeres en el trabajo asalariado» bajo el capitalismo y promover un «movimiento por la liberación de todas las mujeres, de amplia base social», concebido como un «componente esencial en la lucha por el socialismo».

Los ensayos reunidos en *El dominio en disputa* complementan y aclaran esta teoría de la reproducción social. Contextualizados en la

propia experiencia de Vogel, abarcan desde su primer texto (1976) hasta varios textos inéditos en castellano, el último de ellos escrito en 2019. En todos ellos late una preocupación que atraviesa toda su trayectoria: si las formas de opresión están entrelazadas, ¿cómo construir una lucha política integral que las aborde sin que una reivindicación eclipse o impida los avances de otras?

Para Vogel, no existe una solución fácil a las tensiones entre marxismo, feminismo y antirracismo, porque no son solo diferencias teóricas ni simples opciones políticas o estilos de vida, sino «enfoques distintos y esencialmente contradictorios». Esa contradicción central –y su tensión inevitable– marcó su experiencia política. Aprendió que no podía resolverse con un dilema dicotómico («o lo uno o lo otro»), sino integrando perspectivas, saliendo de los tópicos, incomodando y construyendo puentes frágiles, tensos y fragmentarios. La teoría de la reproducción social es, así, un intento de abordar estas contradicciones, con plena conciencia de que son irresolubles, pero sabiendo que, si no se analizan, sus efectos violentos y discriminatorios se multiplican.

Abordar la historia sin reducirla a un relato único

En este libro, Vogel subraya «los orígenes contradictorios del pensamiento feminista contemporáneo en el socialismo y el feminismo socialista de los años setenta y anteriores». Gran parte de su trabajo teórico se dedica a esclarecer esas contradicciones, presentes no solo en el plano conceptual, sino también, como hemos visto, en su propia biografía. Para dimensionar la dificultad de esta tarea, y todo lo que puede enseñarnos hoy, resulta útil ponerla en diálogo con la propuesta de Joan W. Scott, historiadora materialista, contemporánea de Vogel y también vinculada al feminismo radical estadounidense.

En su revisión de la historia del feminismo francés, Scott rechaza una visión lineal y continua, guiada por un supuesto orden teleológico de progreso acumulativo hasta el presente. Ese sería el relato de una clase que cree haber triunfado, se exime de autocrítica,

consolida su legitimidad y se apropia de la narración, borrando sus contradicciones. Aunque podría parecer que Scott apunta únicamente contra los discursos de poder de las clases privilegiadas, en realidad su crítica se dirige a las feministas académicas que monopolizan la historia de sus logros y tienden a invisibilizar sus errores y tensiones. Este relato hegemónico corre el riesgo de reproducir violencias contra otros colectivos o contra miembros menos visibles del propio movimiento, y de repetir –con formas quizá más sofisticadas– los errores del pasado. Para Scott, una historia que «da por sentada la inevitabilidad del progreso [...] reproduce, sin cuestionarlos siquiera, los mismos términos del discurso ideológico» en el que opera un movimiento⁴.

Ahora bien, tampoco se trata de dar la vuelta a la historia y recuperar las voces y reivindicaciones de la clase oprimida o sin legitimidad («la historia a contrapelo, cabría decir con Benjamin»⁵, o la historia con conciencia de clase que tanto defendió Lukács⁶) como si esta tuviera automáticamente la verdad frente a las clases dominantes. La misma crítica podría hacerse de las autoras que proponen un conocimiento exclusivamente desde el punto de vista de las mujeres⁷, o incluso una narrativa de la opresión centrada en la experiencia de tener un cuerpo de mujer en un contexto hipersexualizado y dominado por los varones⁸. Tal como Vogel cuestionó a historiadoras y artistas feministas de los setenta por reducir su enfoque a un sujeto único mujer sin integrar la dimensión material y las interrelaciones entre diversas formas de opresión, Scott advierte que privilegiar de manera exclusiva la perspectiva de la clase obrera

4. Scott, J.W., (2021), *Las mujeres y los derechos del hombre: feminismo y sufragio en Francia, 1789-1944*, trad. Stella Mastrangelo, Siglo XXI, Buenos Aires, p. 17.
5. Benjamin, W., ([1940] 2025), *La dialéctica en suspenso: Fragmentos sobre la historia*, trad. Pablo Oyarzún, Verso Libros, Barcelona.
6. Lukács, G., ([1923] 2021), *Historia y conciencia de clase: estudios de dialéctica marxista*, trad. Manuel Sacristán, Siglo XXI, Madrid.
7. Harding, S., (1986), *The Science Question in Feminism*, Cornell University Press, Cornell, o con matices, Rose, H., (1983), «Hand, Brain and Heart: A Feminist Epistemology for the Natural Sciences», *Signs*, 9(1), pp. 73-90.
8. Mac Kinnon, C., (1989), *Toward a Feminist Theory of the State*. Harvard University Press, Cambridge.

o la de las mujeres constituye un error paralelo. Ambas posiciones tienden a enfrentar movimientos y lecturas de la realidad en una competencia por quién tiene la verdad definitiva. Aunque Scott se centra en sus contemporáneas feministas, su crítica podría aplicarse también a grupos marxistas que anteponen la lucha de clases a la de género.

De esta manera, para Scott, entender la historia «como si la cuestión fuera simplemente elegir la estrategia correcta (igualdad o diferencia)»⁹ (o, en otros términos, lucha de clases o lucha de mujeres) implica asumir que una de esas opciones es realmente alcanzable y que su triunfo borraría a la otra. Esta creencia es falsa: lleva a imaginar un momento definitivo en el que una de las opciones triunfe, eliminando o superando a las demás. Pero ese momento no existe ni existirá, porque los conflictos en torno a la diferencia y la igualdad son de «naturaleza fundamentalmente irresoluble»¹⁰.

Entonces, ¿cómo evitar este callejón sin salida? De nuevo, citando a Scott, la única vía es una práctica crítica –y autocrítica– dentro del feminismo, capaz de iluminar y comprender sus propias contradicciones, y de buscar puntos de encuentro siempre fragmentarios, provisionales y cambiantes. En este sentido, la teoría integradora de la reproducción social de Vogel dialoga con el planteamiento de Scott: ambas comparten la convicción de que solo un feminismo capaz de mirarse a sí mismo con incomodidad puede construir alianzas duraderas. No es imposible que, aunque no haya registro de ello, coincidieran en algún encuentro feminista radical o marxista en Estados Unidos, compartiendo diagnósticos, inquietudes y estrategias.

9. Scott, J.W., op. cit., p. 36.

10. Ibíd., p. 37.

La historia de las contradicciones múltiples entre marxismos y movimientos de liberación

Puede pensarse que las corrientes feministas arrastran fracturas desde sus inicios, a finales del siglo XIX, cuando las sufragistas estadounidenses de la primera ola reclamaban voto y derechos «para todas». En la práctica, sus demandas estaban dirigidas sobre todo a mujeres de su propia raza y clase, como denunció Sojourner Truth, exesclava negra, analfabeta y pobre, en la Convención de los Derechos de la Mujer en Akron (Ohio). En un discurso titulado «Ain't I a Woman?» preguntó, célebremente, si acaso ella no era también una mujer, recordando que llevaba trabajando desde niña y nunca había gozado de derechos. Las mujeres obreras, por su parte, apenas se reconocían en esas reivindicaciones burguesas, percibiéndolas como propias de una clase privilegiada ajena a sus condiciones de vida.

Con el desarrollo de los movimientos marxistas, las tensiones se profundizaron. Las mujeres trabajadoras enfrentaban lo que hoy llamaríamos «dobles jornadas» o «dobles militancias»: una disyuntiva imposible entre traicionar a su clase —si se acercaban a las sufragistas burguesas— o a su género —si se mantenían junto a sus compañeros obreros y de partido, donde el espacio para reivindicaciones específicas de mujeres era mínimo. Cinzia Arruzza las describe como las «sin parte»¹¹, siempre forzadas a elegir entre dos lealtades irreconciliables: traicionar a su clase (al acercarse a las sufragistas burguesas) o a su género (al acercarse a sus compañeros de clase, de vida y de partido, donde apenas había espacio para reivindicaciones de mujeres).

Engels abordó la cuestión de la mujer obrera en su clásico *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), obra que Vogel discute críticamente en este volumen. Siguiendo las tesis antropológicas —hoy muy cuestionadas— de Lewis H. Morgan¹², Engels

11. Arruzza, C., (2015), *Las sin parte: matrimonios y divorcios entre feminismo y marxismo*, Sylone, Barcelona, pp. 29 y ss..

12. La principal aportación de Morgan puede leerse en su obra de 1877 *Ancient Society* (Henry & Holt, Nueva York). Cabe destacar que desde la antropología contemporánea no se acepta esta explicación, por su enfoque evolucionista

sostiene que la dominación masculina no tiene causas naturales o biológicas (como la supuesta superioridad física del varón), sino que surge de la estructura social, política y económica de las civilizaciones desarrolladas. Frente a ese estadio, el teórico revolucionario comunista identifica un «estado salvaje»¹³ primitivo, nómada, basado en un uso moderado de los recursos naturales, sin competencia ni jerarquías sexuales.

En algún momento impreciso de la prehistoria, con el paso al sedentarismo y la formación de comunidades estables, se produjeron avances decisivos –pastoreo, agricultura, primeras expresiones culturales–, pero también nuevas formas de desigualdad. Aparecieron el sentido de pertenencia («los de dentro» frente a «los de fuera»), la noción de propiedad («esto es mío, no es tuyo») y la esclavización de unos hombres por otros¹⁴. Engels subraya que, en estas primeras comunidades sedentarias, el concepto de propiedad privada se extendió a animales, cultivos y bienes materiales, pero también a personas del mismo grupo. Así surgieron las primeras estructuras familiares monógamas y patriarcales.

Este nuevo modelo se consolidó como un «nuevo organismo social, cuyo jefe –el pater familias– tenía bajo su poder a la mujer, a los hijos y a un cierto número de esclavos [...] con derecho de vida y muerte sobre todos ellos»¹⁵. No cualquier hombre ostentaba esa posición: solo el libre y propietario de bienes, convertido en cabeza de familia con plenos derechos. Las mujeres, en cambio, quedaron confinadas al ámbito privado, perdiendo libertades, derechos y reconocimiento, reducidas a objetos de propiedad o instrumentos para la reproducción y la preservación del linaje, siempre a disposición de los

y unidireccional, y potencialmente racista. Véase, por ejemplo, Laguens, A., (2011), «Unilinear Evolution and Lineal Time: A Critique», *Encyclopedia of Global Archaeology*, Springer, Nueva York, o Molyneux, M., (1981), «Socialist Societies Old and New: Progress Towards Women's Emancipation?», *Feminist Review*, 8 (Summer), pp. 1-34, quien incluye críticas feministas.

13. Engels, F., ([1884] 1970), *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, trad. A.C.L., Fundamentos, Madrid, p. 34.

14. *Ibíd.*, p. 71.

15. *Ibíd.*, p. 75.

deseos y necesidades del varón que las «poseía» legítimamente. Para Engels, esta primera configuración monógama y patriarcal sentó las bases de la familia burguesa, que, con adaptaciones, ha perdurado hasta su presente –y, podríamos añadir, hasta buena parte del nuestro.

Aunque las formas de propiedad hayan cambiado a lo largo de la historia, la tesis central de Engels recorre todo *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*: en todas las sociedades y épocas, las mujeres han sido tratadas como un objeto más dentro del sistema de acumulación y propiedad. Su conclusión es clara: para liberar a las mujeres de la opresión y la desposesión, es necesario acabar con la familia patriarcal, la propiedad privada y el Estado. Tras la revolución, sostiene Engels, se alcanzará «una etapa superior de la sociedad», democrática, fraterna e igualitaria, en la que la mujer «no podrá más que ser libre»¹⁶. Sin embargo, sin cuestionar la división entre lo público y lo privado –núcleo de la crítica feminista–, imagina también un «hogar comunista» donde las mujeres ocuparían un lugar central en la casa, y donde, al desaparecer la propiedad privada y resultar «imposible conocer con certidumbre al verdadero padre» de los hijos, se daría una «profunda estimación de las mujeres, es decir, de las madres»¹⁷.

La identificación entre liberación de las mujeres y figura de la madre comunista cuidadora es problemática, pero fue asumida sin grandes reparos por buena parte del marxismo y del feminismo marxista ortodoxo. La idea de que erradicando la dominación de clase se eliminaría también la dominación de género se convirtió en un dogma. Rosa Luxemburgo la reproduce en sus discursos, describiendo a las mujeres burguesas como «parásitos de los parásitos del cuerpo social», criticándolas por «no participar en la producción social» y ser simples «co-consumidoras de la plusvalía que sus hombres extraen del proletariado»¹⁸. Para Luxemburgo, la lucha de las mujeres obreras es «solo una expresión y una parte de

16. *Ibid.*, pp. 222-223.

17. *Ibid.*, p. 64.

18. Luxemburgo, R., (1983), *El pensamiento de Rosa Luxemburgo*, trad. y edición de María José Aubet, Ediciones del Serbal, Barcelona, p. 283.

la lucha general del proletariado por su liberación» y, como tal, una «responsabilidad común de clase, de las mujeres y de los hombres del proletariado» frente a la opresión capitalista¹⁹.

En este marco, cualquier defensa de las mujeres como género antes que como clase, o el intento de introducir sus necesidades específicas en el seno de los movimientos marxistas o socialistas, se percibía como heterodoxia, desobediencia al partido e incluso connivencia con la clase enemiga. Arruzza llama a esta posición «feminismo obrerista»²⁰. No sorprende, por tanto, que las sufragistas del siglo XIX –en su mayoría burguesas y cercanas al liberalismo– y, más tarde, las feministas del movimiento de liberación de las mujeres, se opusieran a esta subordinación de las reivindicaciones de género a la lucha de clases.

Pese a todo, hubo voces disidentes desde el propio marxismo que reclamaron un espacio específico para las mujeres. Clara Zetkin, por ejemplo, redactó unas «Directrices para el movimiento comunista femenino» en las que abordaba de manera directa la situación de las trabajadoras, sus necesidades y las vías para lograr la igualdad sexual en los países donde había triunfado el comunismo. Su intención era presentarlas y debatirlas en el Segundo Congreso de la Internacional Comunista (Moscú, verano de 1920). Sin embargo, las actas registran que el punto no se discutió «por falta de tiempo»²¹.

Medio siglo después de aquel desplante, cientos de mujeres vinculadas a distintas corrientes socialistas de la nueva izquierda estadounidense –entre ellas, quizá, Lise Vogel– participaron en la *National Conference for New Politics* (NCNP), celebrada en Chicago en 1967. El objetivo era encontrar puntos en común y evitar la fractura creciente entre reformistas, críticos, defensores de la liberación negra y defensoras de la liberación de la mujer. Tras largos días de debates y asambleas, el grupo de mujeres había elaborado una resolución contra la discriminación, prevista para su lectura y discusión en la

19. *Ibíd.*, pp. 283-284.

20. Arruzza, C., (2015), *op. cit.*, 111.

21. Zetkin, K., (1920), «Richtlinien für die kommunistische Frauenbewegung», *Die Kommunistische Internationale*, 15, p. 530.

jornada de clausura. El punto fue bloqueado, una vez más, por falta de tiempo. Ultrajadas, Jo Freeman y Shulamith Firestone lograron subir al escenario para leer el documento. El moderador –un tal William Pepper, cuyo lugar en la historia se limita prácticamente a este episodio– le dio una palmadita condescendiente en la cabeza a Firestone y le espetó: «Vete, muchachita, aquí tenemos cosas más importantes de las que hablar que la liberación de la mujer»²².

Para Jo Freeman, narradora de este episodio, aquel fue el momento de ruptura entre las defensoras de la liberación de las mujeres y los partidos de izquierda en Estados Unidos. La decisión, sin embargo, no fue unánime: las mujeres de la nueva izquierda se dividieron en dos grandes bloques. Las «políticas» (*politicos*, en la denominación inglesa original) sostenían que la opresión de las mujeres era consecuencia directa del sistema capitalista y defendían la alianza entre movimientos de mujeres y grupos de izquierda – en aquel momento, sobre todo el *Students for a Democratic Society* (SDS), en el que participó Vogel. En cambio, continúa Freeman, las autodenominadas «feministas» o «defensoras de la liberación de las mujeres» identificaban el origen de la opresión no solo en el capitalismo, sino también en la supremacía masculina y blanca, con independencia de la clase social.

El enfrentamiento entre los bloques fue inmediato, tanto en el plano teórico como en la vida cotidiana. Las activistas de Nueva York se alinearon con el feminismo de la liberación de las mujeres; las de Boston –donde Vogel militó en los años setenta– y Washington, más cercanas a los núcleos de poder institucional, se integraron en el bloque político. Con el tiempo, las posturas se radicalizaron y los textos sobre la controversia se multiplicaron. Entre los más influyentes figuran el ensayo de Juliet Mitchell, *Women: The Longest Revolution* (1966)²³, y el ya clásico de Heidi Hartmann y Amy Bridges, *The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism: Towards*

22. Echols, A., (1989), *Daring to Be Bad: Radical Feminism in America, 1967–1975*, University of Minnesota Press, Minneapolis, p. 49.

23. Mitchell, J., ([1966] 2023), *La larga revolución de las mujeres*, Verso Libros, Barcelona.

a *More Progressive Union* (1979), ambos críticos con la ortodoxia marxista en cuestiones de género y, según escribe Vogel en *La cuestión de la mujer*, expresión del «creciente desánimo entre algunas feministas socialistas respecto a la posibilidad misma de fusionar su compromiso feminista con el legado socialista».

Paradójicamente, estos textos —firmados por feministas radicales críticas con el marxismo ortodoxo— recurrían a un léxico conyugal y familiar para describir el conflicto entre «políticas» y «feministas», prueba de que la disputa se vivía tanto en las asambleas como en los hogares. Una de las divergencias más agudas tenía que ver con el papel de los hombres en los movimientos de liberación: para las políticas, eran parejas, maridos y compañeros de lucha; para las defensoras de la liberación de las mujeres, incluso los aliados de orientación política similar eran vehículos de dominación patriarcal. En la primera publicación de las radicales neoyorquinas, todos los hombres aparecían directamente como la «clase enemiga»²⁴. Para evitar la sumisión femenina —ya fuera ante hombres privilegiados o compañeros de partido—, algunas posturas más extremas propusieron la creación de grupos exclusivamente femeninos, con abstinencia sexual o lesbianismo, al considerar que el matrimonio heterosexual aislaba a las mujeres e impedía sus vínculos entre sí²⁵. Grupos aún más radicales, como *Cell 16* de Boston, defendían comunas de mujeres con celibato total.

Las feministas del ala política rechazaban frontalmente estas propuestas separatistas. Marilyn Webb, integrante del grupo radical-político de Washington, sostenía que el enemigo no eran los hombres, sino el sistema capitalista, que también oprimía a muchos varones. Llamó «odiadoras de hombres»²⁶ a las feministas de la liberación neoyorquinas y declaró: «Disfrutamos siendo mujeres que amamos a los hombres y no los vemos como enemigos». Lo

24. New York Radical Women, (1970), *Notes from the First Year*, «Duke University Libraries Repository».

25. Echols, A., (1989), op. cit., p. 59.

26. «Man-haters» en el original.

decía literalmente: su marido, Lee Webb, era uno de los líderes de SDS y compañero de militancia.

Las mujeres afroamericanas, por su parte, denunciaban que ni las feministas radicales ni los partidos de izquierda –ambos eminentemente blancos– atendían sus problemáticas atravesadas por el racismo, y alentaban la creación de organizaciones propias, como la *National Black Feminist Organization* (NBFO). Esta apenas sobrevivió un par de años, lastrada por disputas internas sobre la relación con las feministas blancas. Entre las agrupaciones más influyentes destacó la *Combahee River Collective*, que en 1977 lanzó un manifiesto polémico en el que se definían como mujeres negras y lesbianas, e instaban a separarse tanto de los partidos de izquierda como de los grupos feministas de la liberación, convencidas de que en ninguno de esos espacios lograrían sus objetivos emancipadores y antirracistas²⁷.

Pese a todo, la compleja relación entre marxismo, feminismo y movimientos de liberación negra no impidió cruces fructíferos. Frances Beal, autora del concepto de *jeopardy* –su doble condición de oprimida como mujer afroamericana–, es un ejemplo de ello. Aunque no menciona explícitamente la tradición marxista, Beal advierte que «la opresión de las mujeres actúa como válvula de escape del capitalismo», y describe al hombre blanco pobre del Sur (*white trash*) como «una víctima que desprecia a los negros»²⁸. Su feminismo, junto al de Vogel, anticipa lo que después se llamaría política «identitaria», lejos de la atomización, y precursor del concepto de *multiple jeopardy* elaborado por Deborah K. King²⁹. En este marco, como explica la historiadora de la interseccionalidad Ashley Bohrer, el jeopardy no elimina la clase, sino que asume que «el capitalismo está tan fuertemente impregnado de raza y género que simplemente no se puede hablar de clase separadamente»³⁰.

27. The Combahee River Collective, (1977), *Statement*, abril de 1977.

28. Beal, F.M., (2008), «Double Jeopardy: To Be Black and Female», *Meridians*, 8(2), p. 170.

29. King, D.K., (1988), «Multiple Jeopardy, Multiple Consciousness: The Context of a Black Feminist Ideology». *Signs*, 14(1), p. 61.

30. Boher, A.J., (2025), *Marxismo e interseccionalidad: Raza, género, clase y sexualidad en el capitalismo contemporáneo*, trad. Pablo Oliveros, Verso Libros, Barcelona, p. 83.

Uno de los primeros debates sobre interseccionalidad dividió en dos las posiciones: para algunas teóricas, las opresiones eran aditivas, y se acumulaban como elementos en una suma; otras, más cercanas al sentido actual de interseccionalidad y al planteamiento de King, rechazaban aislar raza, género y clase para analizarlas por separado. Tal separación, advertían, simplificaba hasta distorsionar la naturaleza interdependiente de las opresiones bajo el capitalismo.

Las encrucijadas de Vogel ante los tres ejes de la opresión

Aunque parta de una genealogía distinta a la de Frances Beal y Deborah K. King, y sin abandonar nunca sus presupuestos marxistas y feministas, Lise Vogel también se esfuerza por mediar en estas complejas relaciones. En las dos primeras partes de este libro dialoga con feministas y marxistas; en la tercera, problematiza de lleno la interrelación entre clase, raza y género.

Mantiene así un triple prisma que le permite detectar formas de dominación invisibles para muchos. Lo ve tanto en el entorno académico —con el profesorado, personal administrativo y de oficina mayoritariamente blancos, mientras que las tareas domésticas recaen en «mujeres negras, cálidas y amables, e insistentemente serviles»— como en el movimiento de liberación de las mujeres en Boston, «compuesto exclusivamente por mujeres y en su mayoría blancas».

Si bien, como señalamos a propósito de Beal, la relación filosófica entre feminismo y antirracismo es mucho más extensa y compleja, Vogel no intenta aquí embarcarse en una reconstrucción historicista ni aclarar la genealogía exacta de estos conceptos. Prefiere partir de su experiencia «personal» para intervenir en un debate candente de la época. Preocupada por lo que denomina «el efecto astillador de la llamada política de la identidad», utiliza esta tercera parte del texto para enfrentarse directamente a una de las discusiones más intensas de los feminismos de los años noventa: ¿igualdad o diferencia?

Su respuesta, fiel a su afán integrador, no pasa por elegir una u otra, sino por trascender ambas categorías y complejizarlas. Para Vogel, se trata de visiones parciales que oscurecen el panorama más amplio: una triple dominación producida por el entrelazamiento de raza, clase y género. Anticipando la propuesta interseccional de Kimberlé Crenshaw³¹, ya en sus textos de los ochenta plantea que la «convergencia de la subordinación de raza, clase y género» genera formas de opresión que no pueden identificarse –ni mucho menos combatirse– si se las analiza desde una única dimensión que subordine las demás. Advierte, además, contra el riesgo de entender estas opresiones como líneas paralelas: ese enfoque puede vaciar de contenido el término «diversidad» y convertirlo en un lema uniforme, incapaz de reconocer tensiones y desigualdades internas.

De ahí la posición intermedia que Vogel intenta sostener, una encrucijada entre marxismos, feminismos y movimientos de liberación negra, siempre modulada por el devenir histórico. A finales de los setenta, el movimiento de liberación de las mujeres perdió fuerza, golpeado por sus propias divisiones internas y por el avance de las derechas republicanas y conservadoras. Vogel se distanció entonces de este espacio, decepcionada por su incapacidad para «crear una comunidad que trascendiera las diferencias, y mucho menos prefigurar una sociedad plenamente igualitaria»³². Se volcó en los movimientos socialistas, sin abandonar nunca la crítica feminista, consciente del lugar que ocupaba como mujer en este escenario.

En los textos reunidos en esta antología, vida y obra se entrelazan. Para Vogel, el análisis y el activismo son inseparables, unidos por el hilo de las «contradicciones de la igualdad»: un horizonte simultáneamente necesario e inalcanzable, siempre amenazado por el avance reaccionario de las derechas o por el desequilibrio que se

31. Crenshaw, C., (1989), «Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics», *University of Chicago Legal Forum*, 1, pp. 139-167 y Crenshaw, C., (1991), «Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color», *Stanford Law Review*, 43(6), pp. 1241-1299.

32. Vogel, L., *El dominio en disputa*, op. cit., p. 77.

produce cuando uno de los tres ejes de la opresión –clase, raza o género– se impone sobre los demás.

La compleja relación entre feminismo y marxismo

Este libro entrelaza, como una melodía inacabada, todos los temas que movían a Lise Vogel. La autora busca una postura unificada entre el feminismo socialista y la teoría marxista que, sin renunciar a los contenidos centrales de ambos movimientos, no subordine el uno al otro y permita pensar, comprender y proponer soluciones tanto para la clase trabajadora como para las mujeres.

Vogel desarrolla sus aportaciones para repensar la teoría de la reproducción social; recoge las principales críticas que las propuestas feministas formulan contra los marxismos clásicos más ortodoxos. Dos ejes articulan sus esfuerzos en esta dirección: su revisión crítica del texto fundacional de Engels ya comentado –que sigue articulando las posiciones más ortodoxas en los marxismos sobre la dominación de las mujeres– y su rechazo al economicismo, sustituido por un análisis ampliado del concepto de trabajo que sintetiza su teoría de la reproducción social.

Vogel detecta dos problemas centrales en el clásico de Engels, diferencias que, aunque *a priori* puedan parecer diferencias mínimas, marcan el rumbo de su pensamiento. En primer lugar, el desinterés de Engels por las familias obreras, tratadas como una prolongación natural de la forma familia burguesa. Con ello, borra la complejidad de las familias proletarias y pasa por alto que son un elemento central en la reproducción del capitalismo, invisibilizando además el papel opresor del hombre obrero dentro del hogar. En segundo lugar, Vogel cuestiona el paralelismo que Engels establece entre patriarcado y capitalismo, como si la producción y la reproducción fundamentaran opresiones co-iguales y formalmente análogas. De esa analogía se desprende la idea de que «dos motores igualmente poderosos alimentan el desarrollo de la historia: la lucha de clases

y la lucha de sexos»³³. El resultado: opresiones planteadas como líneas paralelas –raza, género, clase– que nunca se cruzan. Engels lo resume sin matices en una frase célebre: «en la familia, el hombre es el burgués y la mujer representa al proletario»³⁴.

Para Vogel, esta intercambiabilidad de opresiones –el *quid pro quo*– constituye el gran error de Engels y de sus seguidores en el presente. El paralelismo rígido entre relaciones de clase y de género, traducido en binomios como producción/reproducción o trabajo/familia, presupone que ambas dimensiones pueden analizarse como equivalentes. De ahí derivan dos líneas argumentativas históricas en el feminismo socialista. El «argumento de la familia» sostiene que la opresión de las mujeres se explica por su posición desigual en el núcleo familiar, lo que conlleva su exclusión de la vida política y del trabajo social. El «argumento de la producción social», en cambio, parte de la situación inversa: es la exclusión de las mujeres de la producción lo que les asigna el papel de agentes reproductoras encargadas del trabajo doméstico. El argumento de la familia proyecta una visión dual de clase y género que reproduce pares rígidos: producción/reproducción; trabajo/familia; explotación de clase/opresión patriarcal; esfera pública/dominio privado; trabajo productivo/trabajo doméstico; sistema de clases/sistema familiar; dominación de la clase dominante/privilegio masculino; teoría marxista/teoría del patriarcado. El *quid pro quo* es evidente: cada elemento de un eje encuentra su equivalente en el otro.

En la tradición del feminismo socialista, sostiene Vogel, ambas perspectivas –aunque parten de diagnósticos opuestos– se han entrelazado de modo que una vehiculiza la teoría y otra la práctica. El argumento de la producción social impulsa la emancipación de las mujeres de las tareas reproductivas y del trabajo doméstico no remunerado; el de la familia, al establecer dualidades estrictas, fomenta luchas paralelas que rara vez se cruzan y que a menudo reivindican la autonomía del movimiento feminista frente al sindicalismo o los movimientos antirracistas. Por su parte, el argumento de la producción

33. *Ibíd.*, p. 174.

34. Engels, F., *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, op. cit., p. 93.

social, al situar el centro en la lucha de clases, tiende a promover la unidad de las fuerzas revolucionarias. Sin embargo, Vogel observa que en los movimientos que parten de esta premisa se repite una tendencia a excluir a las mujeres o a desconfiar del feminismo. Por eso, delimitar conceptualmente estos dos argumentos es para Vogel crucial: son la base del «matrimonio infeliz» entre marxismo y feminismo. A diferencia de otras teóricas, no cree necesaria una nueva síntesis entre ambos, sino que es la propia teoría marxista la que debe desarrollarse —superando el economicismo— hasta derivar de ella una práctica feminista.

Ambas formulaciones —el argumento de la familia y el de la producción social— ocupan un lugar central en la obra de Vogel, pues le permiten confrontar la visión tradicional del papel de la opresión y la liberación de las mujeres en el marxismo. Como recuerda la autora, a comienzos de los años ochenta la defensa de una teoría marxista-feminista unitaria apenas encontraba eco ni interlocutores. En 1983 retoma estos dos marcos del feminismo socialista y los rebautiza: ya no son simples argumentos, sino perspectivas, formas férreas de concebir el mundo. El argumento de la familia pasa a denominarse «perspectiva de los sistemas duales» y el de la producción, «perspectiva de la reproducción social». Este énfasis en la noción de «reproducción» guía el desarrollo de su análisis crítico y diferencial respecto a la tradición.

En la concepción dominante, el trabajo reproductivo de las mujeres las vincula tanto a la procreación biológica como a la reproducción de la fuerza de trabajo. Estas tareas quedan además aisladas (espacial e institucionalmente) de la cadena de producción, lo que refuerza y visibiliza su subordinación. Engels, siguiendo a Morgan, sitúa la división del trabajo fuera de la familia como elemento central para explicar el origen de la opresión femenina en el capitalismo:

El trabajo doméstico de la mujer perdía ahora su importancia comparado con el trabajo productivo del hombre; este trabajo lo era todo; aquel, un accesorio insignificante. Esto demuestra ya que la emancipación de la mujer y su igualdad con el hombre son

y seguirán siendo imposibles mientras permanezca excluida del trabajo productivo social y confinada dentro del trabajo doméstico, que es un trabajo privado.³⁵

Este planteamiento constituye la base del economicismo que Vogel rechaza. Frente a reducir la opresión de las mujeres a su papel en la reproducción de la fuerza de trabajo, sostiene que «su posición de desventaja en la esfera política es un fenómeno analíticamente separable de su lugar subordinado dentro de las relaciones de producción capitalistas, aunque arraigado en ellas»³⁶. Con ello se distancia tanto de la ortodoxia del feminismo marxista de su tiempo como de ciertas lecturas de la interseccionalidad. La teórica Nancy Holstrom lo resume así: «Las feministas socialistas vemos la clase como algo central en la vida de las mujeres, pero al mismo tiempo, ninguna reduciría la opresión de sexo o raza a la explotación económica. Y todas vemos estos aspectos de nuestras vidas como inseparables y sistemáticamente relacionados»³⁷. Irreductible pero inseparable: esta es la posición dominante sobre la relación clase-género en el feminismo socialista, que Vogel complejiza al separar analíticamente las opresiones.

Esta separación le permite afirmar que, si bien todas las mujeres sufren opresión, no todas ocupan un lugar subordinado en las relaciones capitalistas de producción —las mujeres burguesas, por ejemplo, no reproducen necesariamente su fuerza de trabajo, sino que contribuyen a la reproducción de la propiedad—, algo que ningún determinismo económico puede explicar con rigor, ya que aísla el trabajo de la experiencia social. Vogel aborda así la opresión femenina desde dos vínculos: el trabajo doméstico y la igualdad de derechos. Por ello rechaza los análisis que infieren causas sociales desde una concepción mecanicista del devenir histórico, pues tienden

35. *Ibíd.*, p. 202.

36. Vogel, L., *El dominio en disputa*, op. cit., p. 214.

37. Holstrom, citada por Bohrer, A. J., (2025), *Marxismo e interseccionalidad. Raza, género, clase y sexualidad en el capitalismo contemporáneo*, trad. Pablo Oliveros, Verso Libros, Barcelona, p. 171.

a separar en planos paralelos las luchas por la igualdad económica, de derechos y racial, como reprocha al análisis de Karen Sacks³⁸.

Su crítica al economicismo la lleva también a confrontar la reinterpretación materialista del feminismo y del marxismo presente en autoras como Margaret Benston, Peggy Morton y Mariarosa Dalla Costa³⁹, con quienes debate en la segunda parte del libro. Estas teóricas, de marcado perfil materialista, atribuyen la discriminación de las mujeres a la falta de reconocimiento del trabajo doméstico, invisibilizado y desvalorizado en el ámbito privado, y proponen su reconocimiento como trabajo remunerado con plenos derechos laborales. En los años sesenta impulsaron campañas por el salario doméstico que anticipan luchas actuales como las de Las Kellys o Territorio Doméstico.

Aunque Vogel reconoce que estas autoras reorientaron el debate de los feminismos marxistas al poner el foco en el trabajo doméstico, les atribuye «una cierta simplicidad»: a su juicio, no logran superar el economicismo engelsiano y se limitan a extenderlo al ámbito del trabajo doméstico y los cuidados. Desde su doble compromiso feminista y socialista, Vogel les plantea preguntas incómodas: ¿qué sucede con las mujeres de otras clases que no realizan esas tareas? ¿Cabe entender que no están oprimidas? ¿Qué soluciones ofrecen para problemáticas como la doble jornada de mujeres asalariadas que siguen asumiendo casi toda la carga de cuidados?

Desde la óptica socialista, Vogel cuestiona también cómo abordar el cuidado en contextos como la URSS, otros países socialistas o un futuro Estado socialista. Sugiere que las propuestas materialistas de remuneración son más pertinentes para sociedades capitalistas con división de roles y cierto Estado del bienestar –lo que Silvia

38. Sacks, K., (1976), «Class Roots of Feminism», *Monthly Review*, 27(9), pp. 28-48.

39. Bengston, M., (1969), «The Political Economy of Women's Liberation», *Monthly Review*, 21(4), pp. 13-27.; Morton, P., (1971), «A Woman's Work Is Never Done», en E. Altbach, ed., *From Feminism to Liberation*, Schenkman Publishing, Cambridge, pp. 211-227; y Dalla Costa, M. R., (1975), *The Power of Women and the Subversion of the Community*, Falling Wall Press, Bristol.

Federici denomina «patriarcado del salario»⁴⁰—, pero no consideran las condiciones de mujeres con mayor carga laboral o atravesadas por otras desigualdades, como las de raza y clase.

De forma paralela a la crítica unitaria de sus intereses feministas y marxistas, y como se recoge en el presente volumen, Vogel mantiene la línea de preocupación que atraviesa toda su obra: la búsqueda de fórmulas para superar e integrar diferencias, consciente de que se trata de una tarea interminable. Aquí centra su atención, por un lado, en las denuncias de mujeres racializadas que señalan casos de racismo en espacios que deberían ser seguros (grupos de izquierda o feministas); por otro, en las tensiones internas de cualquier colectivo mixto con presencia femenina, en torno a una cuestión muy propia de los años noventa: qué debe primar, si el trato igualitario —que aplanaría las diferencias— o el trato diferencial —que corre el riesgo de multiplicar identidades incomparables e inconmensurables. Ambos debates siguen plenamente vigentes. Lo demuestran tanto las denuncias de colectivos como Afroféminas o el Colectivo Ayllu, que han señalado actitudes racistas en organizaciones de izquierda y feministas, como las discusiones parlamentarias sobre bajas por menstruación, sobre la equiparación entre permisos de paternidad y maternidad, la obligatoriedad de dichas licencias para los padres o el debate sobre si quien ha gestado y parido tiene más derechos que quien no ha pasado por ese proceso.

Frente a estas tensiones, la propuesta integradora de Vogel —que reconoce la triple raíz de la opresión: clase, raza y género— ofrece un marco sólido para comprender, acoger y navegar estas disputas. Medio siglo después de la publicación de sus primeros artículos, la recuperación de sus textos revela anacronismos inevitables en cualquier obra política situada históricamente. Sin embargo, lejos de restarles valor, estos anacronismos confirman que ningún texto político es realmente caduco y que los debates, por contingentes que parezcan, no se agotan con la conquista de determinados derechos. Porque las conquistas sociales son siempre frágiles, y lo que

40. Federici, S., (2018), *El patriarcado del salario: críticas feministas al marxismo*, trad. María Aránzazu Catalán Altuna, Traficantes de Sueños, Madrid.

Vogel nos recuerda es que deben reubicarse constantemente en el horizonte histórico de la lucha emancipatoria, y defenderse con la misma determinación con la que fueron alcanzadas.

Vogel nos enseña que el debate teórico no debe plegarse al curso de los acontecimientos y que, mientras las opresiones se alimenten unas a otras, nunca debemos dejar de luchar por una vida mejor para todes.